

HERNANDO TÉLLEZ

POR

GERMÁN TÉLLEZ

[...] *no curemos de saber
lo de aquél siglo pasado
qué fué de ello;
volvamos a lo de ayer,
que también es olvidado
como aquello.*

Coplas que hizo Don Jorge
Manrique por la muerte de
su padre.

Es imposible para mí crear una distancia referencial adecuada respecto de mi padre, precisamente por su omnipresencia en mi infancia y en mi juventud, ya distantes en el tiempo. No se debe pedir al hijo un testimonio objetivo respecto del único ser humano sobre el cual no puede apartar el velo de la descendencia y los nexos existenciales y más si la muerte muy temprana de mi padre, a los cincuenta y ocho años de edad, en la plenitud de su producción literaria, fue para mí lo que escribió Alberto Lleras Camargo en el prólogo a *Confesión de parte*: “Hay otros, como yo, para quienes la muerte de Téllez es un íntimo, inacabable desastre”.

Hernando Téllez, el escritor, no ha muerto para mí. Los buenos escritores no mueren. Sobreviven o regresan a nosotros en cada una de sus palabras, trascendiendo siempre su propia época y muchas más. Volvemos a sus textos una y otra vez y estos muestran una crecientada riqueza significativa a cada nueva lectura. Así, puedo aún dialogar a través del tiempo, de una a otra vida, con mi padre el literato, el ensayista, el crítico o el periodista pero perdía al ser humano que marcó profundamente las primeras décadas de mi existencia. Entiendo ahora cómo se conforman los mitos familiares auténticos, las leyendas verdaderas, las nebulosas certidumbres sobre aquellos seres que no veíamos en su verdadera dimensión por estar demasiado próximos a nuestra vida y a nuestro corazón.

Me preguntan a veces ¿cómo era Hernando Téllez? A muchos fastidia el intenso escepticismo suyo respecto de cualquier militancia que obrara en contra de su radical independencia ideológica y personal. No permitió que nada alterara el moderado liberalismo al cual llegó por inclinación personal pero no por proselitismo de nadie. Más de uno de sus amigos tropezó con la sólida firmeza de carácter oculta tras su fabuloso don de gentes y su seductora bonhomía. Tuvo, por ejemplo, amigos de gran influencia en la historia política colombiana del siglo XX que fueron prominentes masones pero jamás mostró inclinación alguna hacia la masonería y ninguno de ellos trató nunca de “reclutarlo”. Lo suyo fue un liberalismo reflexivo, amplio y tolerante, exento de odios y sectarismos. Con interminable paciencia escuchó las charlas doctrinarias y recibió los libros propagandísticos que le obsequiaba en apoyo de aquellas un conocido suyo enviado a su casa por el partido comunista “para llevarlo a sus filas”. Su amigo comunista no volvió nunca a visitarlo para otra estéril dosis de catecismo marxista-estalinista, luego el asesinato de León Trotsky en México.

De esa época data su memorable editorial, *La Voz de la barbarie*, en “El Liberal”, luego escuchar un discurso de Hitler grabado en un disco de acetato y leer simultáneamente la traducción del mismo al español. Asoció el estalinismo crudo al nazismo en el catálogo de sus horrores personales y colocó uno y otro al lado de la violencia política colombiana y la universal tragedia histórica del siglo que le tocó en suerte. Aceptó con tolerante resignación suplir por un breve tiempo a un amigo suyo en el Senado de la República, y ahí terminó su actuación en un medio político al cual era totalmente ajeno. Cumplió con absoluta dedicación y generosidad el mandato de su amigo personal, el presidente Alfonso López Pumarejo, de otorgar pasaporte para venir a Colombia a todos los refugiados de la agonizante república española que lo solicitaran en el Consulado de Marsella, en el sur de Francia, en 1938, en plena guerra civil. Al hacerlo tomaba partido por la vida, que no por un partido político en particular. No cumplió, eso sí, la increíble orden de su inmediato superior en la diplomacia colombiana, el entonces Ministro de Relaciones Exteriores, Luis López de Mesa, de impedir por todos los medios posibles la entrada a Colombia de refugiados judíos. La derecha colombiana pidió su destitución inmediata, por el peligro que representaba: “va a llenar este país de rojos ateos, caballos de Troya del bolchevismo” ... escribió entonces Álvaro Gómez Hurtado.

Al otro extremo del espectro político local, su rechazo al compromiso ideológico del escritor con el estado como base y control de su producción creativa le costó a Hernando Téllez, como a Álvaro Mutis, no existir, por cuenta de un filósofo derechista en trance de historiador, Rafael Gutiérrez en el capítulo sobre la literatura colombiana del siglo XX (Tomo III del *Manual de Historia* de ColCultura, dirigido por Jaime Jaramillo Uribe). Un iracundo personaje de izquierda escribió alguna vez, a propósito de la publicación de *Lucas en el bosque*: “[Téllez] no es un verdadero escritor. Sólo es escritor en que escribe para el pueblo, dirigido por el estado”. Por el otro extremo

ideológico: “Usted –le dijo un connotado jerarca de la iglesia católica– no puede llegar a ser un gran escritor porque no cree en Dios”. No lo atrajo ninguna opción religiosa ni admitió o ejerció proselitismo de ningún género. Su estructurado agnosticismo le permitió mantener siempre una saludable y larga distancia respecto a la religión, con la cual tropezó en su infancia, en un colegio de los Hermanos Cristianos. A su amigo Nicolás Gómez Dávila le dijo en una de las estupendas discusiones que sostenían sobre la masificación cultural: “la cultura es como las tarjetas de favor, personal e intrasmisible. Lo que es un fenómeno íntimo no se puede divulgar”. *La paraliteratura* –decía mi padre– que venden en los supermercados es sospechosa por naturaleza. En cambio, a nuestra casa llegó muchas veces, en los años 50, un muchacho costeño que cantaba, *a cappella*, vallenatos. “Este va a ser un gran escritor, quizá el mejor de todos” le dijo alguna vez en una tertulia a Germán Arciniegas. El muchacho era, claro está, Gabriel García Márquez. Mi padre sólo tenía, en esa ocasión, como elemento de juicio, una prueba de *La hojarasca*, corregida por su autor. Como ese, fueron muchos los tajantes aciertos críticos y proféticos de Hernando Téllez. Unos le trajeron rencores y enemistades, pero otros, como en el caso mío, señalaron verdades, destruyeron mitos y falsedades, establecieron metas por cumplir y fijaron destinos existenciales.

En alguna ocasión, en plena calle, se acercó a mi padre un personaje a quien no conocía, el cual exclamó repentinamente: “Ah! Dichoso los ojos que lo ven, don Francisco González!” Mi padre contestó rápidamente: “Buenas tardes, don Nicasio Trujillo”. El hombre se sorprendió: “¡No! Yo no soy Trujillo!” Mi padre anotó entonces: “¡Yo tampoco soy Francisco González!” Y añadió en tono reflexivo: “Hmm... entonces ¿quiénes somos? Quizá este extraordinario diálogo permita contestar en parte la pregunta sobre quién era Hernando Téllez. Horas más tarde, Nicolás Gómez Dávila le dijo: “Buena pregunta la tuya, Hernando. Sigo pensando en eso. No hay mucho qué decir pero sí bastante que pensar sobre quienes somos...”.

Hernando Téllez no fue ajeno a la época de la violencia política en Colombia en los años cuarenta y cincuenta. Vio salir del país, bajo amenaza, a muchos de sus mejores amigos y él mismo fue conminado a marcharse de su patria por algún conocido suyos vinculado al gobierno conservador. “No, Jorge –le dijo a su interlocutor–, quien lo visitaba acompañado por dos detectives del tenebroso SIC (Servicio de Inteligencia Colombiano), suavemente, sin énfasis, desde su viejo sillón de lectura en su biblioteca: “...yo no me voy de esta casa ni de este país. Me tienen que matar aquí, donde estoy...”.

De sus experiencias de entonces surgió ese puñado de cuentos, tan distantes del resto de su producción literaria, y en particular *Espuma y nada más*, una obra maestra del género, de terrible y amarga actualidad.

En 1991 escribí, para la revista PROA:

El 9 de abril de 1948 Hernando Téllez era director de la revista *Semana*. Su amistad personal con Jorge Eliécer Gaitán lo hacía asiduo asistente a los almuerzos que este

compartía con amigos políticos. Ese día faltó pues debía entrevistar a Darío Echandía y esto sólo era posible a la hora en que fue asesinado el líder liberal. La revuelta atroz estalló sobre Bogotá esa tarde. Mi padre regresó, física y espiritualmente deshecho a su casa en la madrugada del día siguiente. En atropellada confusión, que nunca había visto en él, describió escenas de horror que aún recuerdo cinematográficamente. Había visto morir gentes anónimas para él, conocidos, amigos y colegas periodistas, el brillar el odio y la demencia en rostros que recordaba apacibles y neutros. Horas más tarde, no se sabe cómo, regresó a su oficina de *Semana* en el centro de la ciudad, bajo el fuego de francotiradores y soldados, para continuar su labor profesional. De ésta resultaría su crónica del 9 de abril, una pieza clásica del periodismo colombiano. Muchos meses más tarde, esta vez con la lúcida serenidad y el humor—negro o sonriente—que lo caracterizaba, relató cómo encontró bruscamente entre la multitud enloquecida, en la tarde del día 10, a su amigo el arquitecto e historiador Carlos Martínez Jiménez y con él intentó dirigirse a la Plaza de Bolívar. A cualquier precio, había que enterarse de todo, verlo todo. Téllez por una motivación profesional y Martínez porque no se podía sustraer a esa especie de mórbido suicidio urbano que veía en torno suyo. Los dos amigos lograron llegar al cruce de la calle 12 con la carrera 7ª, a cien metros de la plaza de Bolívar. Arreciaba el tiroteo, confuso y aleatorio. Temerariamente decidieron cruzar corriendo la 7ª para refugiarse en la esquina nororiental con la calle 12. A Carlos Martínez se le cayó su sombrero de ala muy corta y copa bajísima, a lo Frank Lloyd Wright. Se detuvo, retrocedió unos pasos y lo recuperó. Téllez lo dio por muerto, en razón del provocativo blanco que ofrecía en medio de la calzada. Con el sombrero puesto, Martínez cruzó la calzada de la carrera 7ª y se recostó contra un muro, a unos centímetros de Téllez. En ese momento, a la altura del rostro de Martínez (Téllez era más bajo de estatura), y justo en medio de las cabezas de uno y otros, se incrustó una bala de fusil. Hipnotizados, los dos amigos miraron fijamente el impacto durante lo que les pareció una eternidad. Luego, temblorosos y cabizbajos, caminaron calle arriba. De pronto, Martínez dijo: “Los dos nos vamos a morir de viejos, en las cama...”.

Un militar amigo de mi padre le dijo un día, ante el relato de esa ocasión: “...esa vez Ustedes dieron dos o tres pasos subiendo por la calle en menos tiempo del que tarda un buen tirador con un Mauser en accionar el cerrojo de rifle y volver a apuntar con cuidado, y la esquina de la 12 le tapó el blanco al que les disparaba”. Esa diferencia, no mayor de tres o cuatro segundos, preservó entonces para mí, las vidas de mi padre y la de Carlos Martínez.

Quizá el rasgo más constante que podría haber observado en mi padre sería una implacable honestidad intelectual y moral, además de una rigurosa disciplina en su oficio de escritor, a la par con su talento. En 1958 escribió, con toda franqueza: “No sé cuando se precisó en mí la vocación literaria”. Era verdad, no lo sabía. Una y otra vez su conversación dirigida a quienes lo entrevistaban fue una protesta en contra de una posible explicación analítica—o peor aún, técnica—de ese don maravilloso de la escritura que parecía fluir de él. Paradójicamente, sus propias palabras escritas fueron,

en alguna memorable ocasión: “[...] porque el estilo es un oficio y un milagro, una iluminación y una pericia”.

